# RITO Y SACRIFICIO EN *CRONICA DE UNA MUERTE ANUNCIADA**

**Luis Eyzaguirre**
University of Connecticut, Storrs

Con la publicación de *Crónica de una muerte anunciada* en 1981, García Márquez parece haber tocado una fibra muy sensible en el lector.[1] El gran número y la amplia variedad de las aproximaciones críticas suscitadas sugieren, por cierto, la inquietante presencia en esta novela de preocupaciones fundamentales del mundo de nuestros días, particularmente en el ámbito hispánico. Para los propósitos de este estudio conviene revisar someramente la crítica sobre *Crónica* que toca algunos aspectos que aquí serán considerados.

Muy fructíferos y reveladores han sido los trabajos que establecen los lazos que la novela tiene con la tragedia griega y el rito de sacrificio.[2] Las investigaciones que han adoptado la perspectiva feminista han logrado, también, destacar una vena significativa subyacente en la obra de García Márquez: los personajes femeninos tienen en esta novela roles que, por lo general, no tienen en la vida real.[3] Otra línea de pensamiento crítico cree ver la "muerte anunciada" de Santiago Nasar en función del sacrificio de Cristo, o como un ataque contra la Iglesia Católica.[4] Lo que estos últimos estudios proponen parece no encontrar confirmación en el texto de la novela.

Mucho más iluminadora es una indagación crítica que examina en la novela la relación "crónica"-"ficción", en cuanto búsqueda de la verdad.[5] Desde este punto de vista, la lectura del "texto-crónica" (policial o detectivesca) conduce al reconocimiento del fracaso de la búsqueda: las dudas que la "crónica" trata de resolver persisten. Y esto a pesar del designio de verdad implícito en el concepto mismo de "crónica". Por otra parte, la lectura del

---

* Ponencia leída en *Tercer Congreso de culturas hispánicas*. "Culturas e identidades". Universidad de Chile, Santiago, agosto 1992.

"texto-ficción" revela esa verdad que la crónica no alcanza. La ficción puede llegar a la verdad porque cuenta con la libertad de poder ir y volver sobre sí misma cuantas veces quiera, así como también puede seleccionar según le convenga, deteniéndose reiteradamente sobre aspectos del acontecimiento que la parecen importantes. Con todas estas libertades concedidas a la ficción, una lectura ceñida de *Crónica de una muerte anunciada* debe mostrar, por una parte, el proceso que lleva al fracaso del "texto-crónica", mientras que, por otra, revela cómo la ficción accede a la verdad que elude a la crónica.

La sugerente variedad de estudios y perspectivas críticas a que estimula *Crónica de una muerte anunciada* es consecuencia de la rica transtextualidad de la novela. De las propuestas críticas ya señaladas surgen verdades parciales que no se deben ignorar por ser algunas de ellas muy iluminadoras. Especialmente necesaria a la composición de mi estudio fue un artículo que hace una "lectura antropológica" de *Crónica*.[6] En "Myth, Tragedy and the Scapegoat Ritual in *Crónica de una muerte anunciada*", Gustavo Pellón trata la "muerte anunciada" en la novela de García Márquez como un acto de violencia colectiva, aserto que incita a una lectura más atenta de la novela en cuestión. Otras virtudes de este artículo son destacar el rol del "chivo expiatorio", asignado a Santiago Nasar, como fundamental en la ceremonia del sacrificio, y aludir a la necesidad de mantener al pueblo en la ignorancia en cuanto a la verdadera significación del acto ritual en que participa.

Con todas sus virtudes, esta "lectura antropológica" de *Crónica* tampoco consigue revelar en toda su complejidad el acto del sacrificio ritual en la novela. Me parece que las debilidades de estas varias exploraciones críticas tienen que ver con el hecho que ellas no prestan debida atención a la complejidad del mecanismo intertextual que sostiene la novela. Creo que es mejor, en este caso, valerse del término "transtextual", en el sentido que lo propone Gerard Genette en *Palimpsestes*. Por transtextualidad se debe entender, dice Genette, "todo aquello que lo relaciona (al texto) manifiesta o secretamente con otros textos". Existen, así, si entendemos bien a Genette, "relaciones manifiestas" y "relaciones secretas" entre los textos. Los estudios comentados hace poco parecen operar en el plano de las "relaciones manifiestas" que el texto de García Márquez mantiene con los diferentes subtextos que él acoge. En este nivel, no se revelan las relaciones íntimas de la novela con los subtextos. Y son, precisamente, estas relaciones las que marcan el texto de *Crónica de una muerte anunciada* con un sesgo transgresor transformacional de los sentidos aparentes. Al no revelar las "relaciones secretas", la buena "lectura antropológica" ya comentada no logra señalar las rupturas en la cadena de actos rituales. Son estas rupturas las que hacen de *Crónica* un texto transgresor de los cánones de los varios subtextos que interactúan en la novela.

Los estudios citados no revelan, entonces, la relación secreta del texto de García Márquez con los elementos sagrados que rigen el acto del sacrificio ritual. Al quedarse en el plano de lo manifiesto, no parece importante que

Angela Vicario, supuesta víctima inocente, se resista y, finalmente, se niegue a representar su rol a cabalidad. No se llega a entender este rechazo por lo que es, una primera y fundamental ruptura que no hará posible que la cadena de actos rituales que culminan con el sacrificio del chivo expiatorio siga el curso esperado. Tampoco se explica, así, el desfase aparente, en relación con el rito, de los destinos finales de los actores principales del drama que se representa en la novela. El desfase mayor es, por cierto, el que muestra a Angela Vicario, la víctima, como el único personaje de *Crónica de una muerte anunciada* que logra conquistar un sereno control de su vida. Veintitrés años después, el narrador encuentra a Angela bordando en una casa frente al mar. "Al verla así, dentro del marco idílico de la ventana, no quise creer que aquella mujer fuera la que yo creía..." (p. 142). Y continúa el asombro del narrador: "Lo que más me sorprendió fue la forma en que había terminado por entender su propia vida" (p. 143). Los datos que la novela entrega no parecieran estar de acuerdo con esta imagen de Angela, "dueña por primera vez de su destino" (p. 149).

Este tipo de desfase no es tal cuando se hace una lectura en función de las relaciones secretas de *Crónica* con los varios subtextos. Esa lectura debe descubrir el acto de transgresión que la novela ejecuta con los subtextos. El texto transgresor resultante propone una verdad nueva en la cual las verdades parciales estarían insertas aunque transformadas. Desenmascarado el acto de ocultamiento que se observa en el plano de lo manifiesto, la nueva verdad revela las transformaciones profundas sufridas por el texto. Es así como un examen minucioso de las relaciones secretas de *Crónica de una muerte anunciada* con el subtexto policial o detectivesco, o con el subtexto feminista, por ejemplo, pondrá en evidencia la labor transgresora y transformacional realizada por el texto central sobre estos subtextos. Igual resultado se desprendería de un análisis de los lazos de la novela con el subtexto que deriva de la tragedia griega, también implíctio en la novela de García Márquez.

*Crónica de una muerte anunciada*, texto central inmerso en el mundo de lo sagrado, transgrede todos los textos profanos con los que entra en relación. Es un texto cuya transgresión mayor es la que ejerce sobre sí mismo, sobre ese texto sagrado que se ha ido gradualmente estructurando. Las páginas que siguen se ocuparán de examinar el marco de lo sagrado en el que se inscribe *Crónica*. Tratarán, también de evidenciar el acto transgresor mismo, así como las consecuencias de la subversión.

El acto de transgresión, o subversión de la norma, implícito en *Crónica de una muerte anunciada*, es un rasgo característico en la narrativa de García Márquez. Bien entendida, la obra toda de este narrador supone una subversión del canon sobre el que se estructura. Un análisis somero de una conocida colección de cuentos puede avalar esta aseveración. La mayoría de los relatos, si no todos ellos, de *La increíble y triste historia de la cándida Eréndira y de su abuela desalmada* (1972) se inscribe en el canon del cuento de hadas, o relato maravilloso. Este es, precisamente, el canon que los cuentos subvierten. La

subversión comunica a los cuentos un sentido diferente, muy frecuentemente opuesto al sentido que propone la norma. Baste fijar la atención en el cuento que da título a esta colección. Al final de este cuento, Eréndira sufre una transformación que la revela como una mujer que no corresponde a la mujer que los datos proponían. Ya no es la niña que dócilmente se somete a las arbitrariedades de su abuela y a satisfacer las necesidades sexuales de los hombres. Ahora sus actos indican que Eréndira se ocupará sólo de sus propios intereses. El cambio puede parecer súbito al lector desprevenido ya que el cuento maravilloso propicia una identificación inmediata con sus contenidos habituales, esto es, un reconocimiento automático de los sentidos aparentes. Es sólo a través de una des-construcción del texto "manifiesto" (cuento de hadas) que se revela el texto transgresor, ese "texto secreto" en el que los sentidos habituales han experimentado una mutación revolucionaria. La cándida Eréndira, vuelta a la vida por su príncipe (Ulises), no hace lo que el canon determina. Eréndira abandona al príncipe y, sola, se lanza a conquistar una vida propia, lejos también de su abuela desalmada. El cuento mismo, ¿es un anti-cuento de hadas? ¿Es un cuento con contenidos modernos feministas? ¿Existen otras posibilidades? Lo cierto es que el sesgo subversivo del desenlace de *Eréndira* impregna el texto con un sentido inquietante de modernidad, siempre presente en la obra de García Márquez.

Labor mucho más compleja es desentrañar el sentido secreto de *Crónica de una muerte anunciada* cuando se considera el número apreciable de subtextos presentes en la novela. La tarea puede facilitarse si leemos *Crónica* a la luz de las ideas seminales de René Girard en dos de sus libros más provocadores. En 1972 se publica *Violence et le sacré* donde Girard examina las relaciones entre la violencia y lo sagrado tratando de llegar a la génesis misma de lo que es mito y lo que es tragedia. Uno de sus comentadores entiende la propuesta de Girard como una reafirmación de que la "violencia se encuentra en el corazón de lo sagrado" y de que la "violencia reside en todos los seres humanos aunque en ninguno en particular". Es así como una comprensión del fenómeno universal de la violencia, con sus raíces más profundas en el mito y lo ritual, podría ayudarnos a comprender y contener la violencia como la conocemos en sus varias manifestaciones en el mundo de hoy.

En 1982 Girard publica *La Bouc emissaire*,[8] otro libro altamente iluminador que se traduce al inglés en 1986 como *The Scapegoat* ("El chivo expiatorio"). Este libro profundiza y refina el pensamiento de Girard sobre la violencia proponiendo que los textos en que ésta aparece se deben leer, en su mayoría, como "textos de persecución", escritos desde el punto de vista de los perseguidores. El sentido oculto de estos textos deberá desentrañarse si se quiere llegar a una comprensión desmistificadora de los sistemas que engendran violencia. Girard analiza aquí el rol fundamental que la designación del chivo expiatorio juega en el mecanismo que gobierna la violencia. El sacrificio del chivo expiatorio se presenta como una necesidad para lograr superar un estado de

crisis y para contener la amenaza de una violencia mayor. En *Le Bouc emissaire* se sugiere que no es siempre ésta la verdadera situación. Con frecuencia alarmante el sacrificio del chivo expiatorio (individual o colectivo) sólo exime a la comunidad de la necesidad de asumir la razón verdadera de la crisis. Asimismo, hace posible que los participantes en la ceremonia del sacrificio no tengan que asumir verdades desagradables acerca de ellos mismos.

Teniendo en cuenta estas ideas de Girard se puede llegar a penetrar el sentido oculto de obras como *Crónica de una muerte anunciada.* Este tipo de textos entrega sus significados más reveladores cuando se desmonta el mecanismo que ellos emplean para enlazar lo sagrado con la violencia. Este enlace ofrece a la comunidad absolución de toda culpa colectiva o individual. La designación de una víctima propiciatoria es parte importante del mecanismo que rige la violencia.

*Crónica de una muerte anunciada* se debe entender, pues, como "texto sagrado" en relación con varios "textos profanos" que emergen de lecturas diversas. En camino a su constitución, *Crónica* gradualmente desconstruye y desmistifica sus diversos sentidos aparentes. Primero, la labor de desmistificación se ejerce sobre los textos profanos para, luego, culminar desmistificando el texto sagrado mismo cuando se revela que *Crónica* es un "texto de persecución". Ahora, conceptos que en un momento parecieron fundamentales al texto pierden su importancia. La "honra", por ejemplo, con la mujer como depositaria de este concepto, no tiene relevancia alguna en el nuevo texto. Lo mismo sucede con los varios otros conceptos que se cuestionan en la novela.

La función transgresora de *Crónica* se encarga de poner en evidencia los momentos de ruptura en el mecanismo de la novela revelada como "texto de persecución". Es así como *Crónica* ofrece toda la estructura tradicional de la ceremonia ritual del sacrificio. Los varios pasos de la ceremonia se inscriben en diversos momentos de la novela y en diversos planos textuales, todos en estrecha relación. Lo que la novela no hace aparente es el proceso de desconstrucción que va minando las bases de la estructura tradicional. Esta conflictividad de propósitos (construcción-desconstrucción) transmite a *Crónica de una muerte anunciada* una atmósfera inquietante que sugiere que algo importante se está ocultando. El acto de enmascaramiento desconcierta a los participantes de la ceremonia ritual y sorprende al lector. Aquí es cuando interviene la mano del cronista/narrador/participante (se puede señalar que éste es el propio García Márquez en el texto) quien guía al lector avisado en el camino que lleva a la desmistificación. El narrador mismo se refiere a su tarea como tratar de "recomponer con tantas astillas dispersas el espejo roto de la memoria" (p. 14).

Brevemente, dados el tiempo y el espacio con que se cuenta, se pueden ahora verificar estas ideas en el texto de *Crónica.* Revelador debe ser examinar los diferentes pasos de la ceremonia ritual del sacrificio del chivo expiatorio con lo que se pretende reivindicar los valores supuestamente atropellados. Este

examen debe mostrar los momentos de ruptura que contribuyen a la desconstrucción del texto tradicional.

Al revisar *Crónica* sorprende la variedad de textos posibles que se barajan en la novela. La ceremonia se propicia con la fiesta de la boda de Bayardo San Román y Angela Vicario. Texto carnavalesco éste que cumple la función ritual de borrar por ese día las diferencias entre los oficiantes del espectáculo. Esta eliminación de las diferencias asegura que la violencia que se ejercerá sobre el chivo expiatorio no reconocerá culpa individual alguna. La sanción oficial o consagración de la ceremonia la otorga el obispo a su paso por el puerto la madrugada misma después de la boda. Sin bajarse del buque, distraídamente, "el obispo empezó a hacer la señal de la cruz en el aire frente a la muchedumbre del muelle", dice la novela (p. 31).

Luego de estos dos actos preparatorios viene la verificación de la ofensa perpetrada y la asignación de roles a los actores del drama. Se confirma la transgresión en la persona de Angela quien ha perdido su honra. Angela, aunque no totalmente segura de su papel de víctima, debe señalar al ofensor. La revelación del nombre del hechor, Santiago Nasar, condena a éste al papel de chivo expiatorio. Este es el último acto de Angela como participante en la ceremonia. Después ella se aparta de la cadena ritual y, con el abandono de su papel, se resiente todo el mecanismo. Las consecuencias del sacrificio no serán las esperadas. El automatismo ritual del acto que condena a Santiago Nasar se evidencia en el texto de la novela. "Ella (Angela) se demoró apenas el tiempo necesario para decir el nombre. Buscó en las tinieblas, lo encontró a primera vista entre los tantos nombres confundibles de este mundo y del otro, y lo dejó clavado en la pared con su dardo certero, como una mariposa sin albedrío cuya sentencia estaba escrita desde siempre. — Santiago Nasar — dijo" (p. 78). Habiendo condenado a Santiago Nasar, Angela recobra su propio albedrío y ya no participa en la representación.

Aunque nadie entiende cómo Santiago puede ser culpable, el carácter ritual de los actos de ese día lo marca como el personaje apropiado para ser investido en el rol de chivo expiatorio. Santiago es el forastero, es árabe. Huérfano de padres y sin hermanos, su sacrificio no traerá represalias y no generará un nuevo ciclo de violencia. Una vez investido en su rol, Santiago aparece en el texto fácilmente identificable: es el único vestido todo de blanco. Reconocido como personaje sagrado, por ser quien será sacrificado, Santiago pasa por entre la "multitud apretada" (p. 164) con su amigo Cristo Bedoya: "Los dos amigos — se lee en la novela — caminaban en el centro sin dificultad, dentro de un círculo vacío, porque la gente sabía que Santiago Nasar iba a morir, y no se atrevían a tocarlo" (p. 214). El instante anterior a su sacrificio muestra a Santiago "azorado", perdido ya en la desorientación de la muerte: "De todos lados empiezan a gritarle, y Santiago Nasar dio varias vueltas al revés y al derecho, deslumbrado por tantas voces a la vez" (p. 184).

A los gemelos Vicario, hermanos de Angela, se les encarga llevar a cabo

el sacrificio. Su condición de gemelos los convierte a ellos mismos, de acuerdo con el mito, en personajes dispensables, sacrificables. Además, pueden actuar como si fueran **uno** aunque son **dos**, lo que diluye la responsabilidad del acto a cometer. Sin abundar en todos estos aspectos más o menos obvios (el apellido es Vicario y sus nombres son Pedro y Pablo), se filtra por entre estos datos repetidamente mencionados en la novela, una situación anómala: los ejecutores no pueden llegar a odiar a la víctima. Girard apunta a este respecto: "La víctima ritual debe venir de fuera; de otra manera la comunidad puede tener dificultades para unirse en contra de ella" (*Violence*, p. 102). Esto explica que los hermanos hagan todo lo posible para que se les libere de deber tan pesado. Cuando todos sus esfuerzos fracasan, se dejan llevar por el rito y en él encuentran las fuerzas necesarias para cumplir su misión. Así, ya decididos, "antes de abandonar la tienda, sin ponerse de acuerdo, ambos se santiguaron" (p. 184), reconociendo su condición de instrumentos de fuerzas superiores.

El sacrificio se representa en el espacio abierto, público y sagrado, de la plaza del pueblo. Toda la comunidad participa en el acto y no ignora que la consecuencia inmediata será la "muerte anunciada" de Santiago Nasar. Ignoran, eso sí, las fuerzas extrañas que los mueven a participar. El fundamento sagrado del sacrificio requiere esta ignorancia. Lo importante del momento es el espectáculo de la representación ritual colectiva. Por eso, "la gente que regresaba del puerto, alertada por los gritos, empezó a tomar posiciones en la plaza para presenciar el crimen" (p. 183). Es sólo la brutalidad de la ejecución lo que despierta a la gente de su sueño ritual. Pero los ejecutores, inmersos en el rito, ya no oyen "los gritos del pueblo entero espantado de su propio crimen" (p. 189). Los gemelos Vicario "siguieron acuchillándolo, con golpes alternos y fáciles, flotando en el remanso deslumbrante que encontraron del otro lado de miedo" (p. 189). Días después, cuando se les llama a reconstruir los hechos, los gemelos "fingieron un encarnizamiento mucho más inclemente que el de la realidad" (p. 80). Y cuando admiten ser los hechores, "declararon... que hubieran vuelto a hacerlo mil veces por los mismo motivos" (p. 79). Es claro que los Vicario ya no se pertenecen; son instrumentos de fuerzas superiores que no cuestionan ni entienden.

Cuando el rito del sacrificio concluye y la representación deja en libertad a sus oficiantes, el texto muestra las fisuras por entre las cuales se han filtrado sentidos ajenos al sentido ritual. El texto sagrado ha sido penetrado por elementos transgresores que desvirtúan el texto canónico. Esta subversión del texto sagrado es la causa del desasosiego con el que los participantes recuerdan el acontecimiento. También ahora es posible observar cómo el narrador ha estado en todo momento realizando una labor de des-construcción del texto original. Ha vuelto a ese "pueblo olvidado tratando de recomponer con tantas astillas dispersas el espejo roto de la memoria" (p. 14), dice la novela. La lectura transgresora de *Crónica de una muerte anunciada* revela el "otro" texto a la vez que señala los elementos subvertores. El elemento más central de la subversión,

ya se ha dicho, lo representa Angela en su negación a seguir representando su papel de víctima deshonrada. Y para que el rito funcione bien es indispensable que haya total acuerdo en cuanto a la gravedad de la ofensa. Sin ese acuerdo, la labor de reivindicación del valor transgredido se vuelve inútil y el sacrificio ha sido en vano.

El otro elemento básico que subvierte el texto se encuentra en el mecanismo de la designación del chivo expiatorio. A pesar de los varios rasgos formales que corresponden al modelo, hay una carencia: Santiago Nasar no es odiado por la comunidad. Más bien, Santiago es buen amigo de quienes lo han de sacrificar. De ahí que los gemelos vacilen en su papel de ejecutores. Y una vez que el sacrificio se efectúa, quedan dudas sobre la culpabilidad de Santiago. Los habitantes del pueblo se empeñan en "ordenar las numerosas casualidades encadenadas que habían hecho posible el absurdo" (p. 154). Se cuestionan también ahora si es que podrán "seguir viviendo sin saber con exactitud cuál era el sitio que le(s) había asignado la fatalidad" (p. 154).

Es indudable que no se ha restablecido el orden que el sacrificio propiciaba. Se reitera en la novela que en el pueblo "todo siguió oliendo a Santiago Nasar" (p. 126). *Crónica* ya no puede leerse como texto sagrado. La lectura desconstructora propuesta en estas páginas revela los varios desfases de *Crónica de una muerte anunciada* como texto sagrado. Los nuevos sentidos generados inscriben la novela más bien en la categoría de "texto de persecución", según la nomenclatura de Girard. Es decir, texto que presenta y explica la violencia desde la perspectiva de los perseguidores, la perspectiva del poder. Desenmascarado y puesto en evidencia el acto de ocultamiento, el texto se ofrece entonces desde la otra perspectiva, la perspectiva de las víctimas.

En *Crónica*, víctima es Santiago Nasar y su madre. Lo son también Bayardo San Román, los gemelos Vicario; en verdad, todo el pueblo llamado a participar en la representación ritual. Se salva Angela Vicario al salirse de la cadena ritual, al no aceptar ser instrumento de conceptos en los que no cree. A partir de ese momento, Angela empieza a autocrearse. Puede, así, asegurarle al narrador que Santiago Nasar fue su "autor". La ambigüedad semántica del término "autor" connota una serie interesante de consideraciones textuales, todas ellas en contravención del canon.

La violencia en *Crónica* no termina con la muerte de Santiago Nasar. Las disensiones persisten en la comunidad. Como Girard lo presenta, una vez que la violencia entra en la sociedad, se produce una orgía de autopropagación extremadamente difícil de contener (*Violence*, p. 67). La institución del sacrificio ritual se ha establecido para contener una violencia desatada. Pero el mecanismo que gobierna el rito de sacrificio es muy delicado. Todos los elementos que lo constituyen deben funcionar a la perfección. De importancia vital es la elección del chivo expiatorio y el contacto que éste debe tener con la comunidad. El sacrificio no produce los efectos deseados, contención de la violencia, tanto si el contacto del chivo expiatorio con la comunidad es excesivo

como si es muy poco. La primera situación parece corresponder a lo que sucede en la novela de García Márquez.

La experiencia humana muestra, más allá de toda duda, la capacidad increíble de la institución del sacrificio para regenerarse, afirma Girard. Reaparece una y otra vez en las sociedades humanas, desembozadamente, o bajo máscaras varias y diferentes. Si se quiere contener la violencia que el rito del sacrificio puede desencadenar, es de urgencia entender el mecanismo que lo genera y lo gobierna. Esto tanto en el plano de la ficción como en el de los hechos "reales", históricos, que afectan las vidas de los seres humanos. Lecturas atentas, transgresoras, de obras como *Crónica de una muerte anunciada* pueden constituir ejercicios reveladores.

## NOTAS

1 Gabriel García Márquez, *Crónica de una muerte anunciada.* Bruguera, España (1981).

2 Pedro Lastra, "La tragedia como fundamento estructural de *La hojarasca.*" *Sobre García Márquez*, ed. Pedro Simón Martínez, Montevideo (1971). También se encuentra en *Nueve asedios a García Márquez*, Santiago de Chile (1971). Véase, asimismo, Angel Rama, "García Márquez entre la tragedia y la policial o Crónica y pesquisa de la *Crónica de una muerte anunciada. Sin Nombre*, XIII, 1 (1982).

3 Sandra María Boschetto, "The Demythification of Matriarchy and Image of Women in *Chronicle of a Death Foretold*", en Bradley A. Shaw y Nora Vera-Goodwin, eds. *Critical Perspectives on Gabriel García Márquez*, Lincoln, Nebraska (1986).

4 Jaime Concha, "Entre Kafka y el Evangelio". *Araucaria* 21 (1983).

5 Héctor Mario Cavallari, "Ficción, testimonio, representación." René Jara y Hernán Vidal, ed. Minneapolis, Minnesota, Institute for the Studies of Ideologies and Literature, 1986.

6 Gustavo Pellón, "Myth, Tragedy and the Scapegoat Ritual in *Crónica de una muerte anunciada. Revista Canadiense de Estudios Hispánicos*, Vol. XII, No. 3 (Primavera 1988).

7 Aquí se usa la traducción inglesa, *Violence and the Sacred.* The Johns Hopkins University Press, Baltimore, Maryland (1977).

8 Se usa la traducción al inglés, *The Scapegoat.* The Johns Hopkins University Press, Baltimore, Maryland (1986).